

¿Quién cuida de los demás? Normas sociosexuales y consecuencias económicas

M. V. Lee BADGETT * y Nancy FOLBRE **

En muchas culturas, el hecho de ser mujer se considera que va unido a la obligación de atender o cuidar a otras personas. Por lo general, a las mujeres se les exige un grado más alto de responsabilidad familiar que a los hombres. La hija que no se ocupa de sus padres, la esposa que deja a su marido o la madre que abandona a su hijo es considerada más culpable que el hijo, el esposo o el padre que hace otro tanto. Ello se debe a que la manera de interpretar el comportamiento de un hombre o de una mujer obedece a las normas llamadas «de género», es decir, basadas en las diferencias socioeconómicas y culturales entre los sexos. Estas normas «sociosexuales» están íntimamente relacionadas con los conceptos acuñados en el seno de la sociedad respecto del altruismo para con la familia y el egoísmo individual. A las mujeres que parecen muy independientes o ambiciosas se las suele considerar poco atractivas sexualmente, y lo mismo sucede, a la inversa, con los hombres que dan la impresión de ser muy dependientes o de dedicarse mucho a su familia. En los textos de sociología, al desempeño interpersonal de unas funciones determinadas culturalmente se le denomina a veces ejercer de hombre/ejercer de mujer (Berk, 1985, y Brines, 1994).

Uno de los componentes característicos de dicho «comportamiento de género» (ejercer de hombre o de mujer) es quién cuida de los demás. Con independencia de quién la realice, la labor de cuidar de otras personas es onerosa (England y Folbre, 1999). El padre o la madre que dedica tiempo y energía a actividades «específicamente familiares» suele sufrir una reducción significativa de sus ingresos a lo largo de la vida (Joshi, 1990 y 1998, y Waldfogel, 1997). El capital humano que acumula el ama de casa o el «amo de casa» es más difícil de «vender» que el del miembro de la pareja que se dedica exclusivamente a trabajar fuera del hogar, y eso le coloca en peor posición negociadora en la esfera de la familia y le hace económicamente vulnerable en caso de separación o divorcio (Braunstein y Folbre, 1999, y Weitzman, 1985). Además, quienes

* Profesora adjunta de Economía, Universidad de Massachusetts, Amherst. ** Profesora de Economía, Universidad de Massachusetts, Amherst.

tienen por profesión cuidar o atender a otras personas suelen estar relativamente mal remunerados, aun cuando se ponderen otras muchas características personales y laborales (England, 1992, y England y otros, 1994). El número de mujeres que trabajan en esas actividades es desproporcionadamente elevado.

En el presente artículo se analiza desde un punto de vista interdisciplinario la relación entre esa actividad asistencial (atender o cuidar a otras personas), las normas sociales y sus consecuencias económicas, y se estudian algunas de las formas en que esa relación puede verse modificada por el proceso del desarrollo capitalista. En la primera parte examinaremos la bibliografía feminista sobre esta modalidad de trabajo, que pondremos en relación con las teorías económicas marxista y neoclásica. La segunda parte versa sobre las normas sociales que discriminan entre los sexos, y sostendremos que el análisis económico de sus efectos puede ser de utilidad para entender por qué perduran tanto. En la última parte expondremos un ejemplo concreto de su resistencia al cambio, remitiéndonos a varios estudios sobre la interacción entre los mercados del matrimonio y los mercados laborales que ayudan a dilucidar las causas de que siga tan extendida la segregación profesional.

El trabajo de cuidar de los demás

Las feministas escandinavas fueron las primeras en acuñar y profundizar el concepto de «trabajo asistencial», subrayando que, en varios aspectos, no cuadraba con las definiciones economicistas más tradicionales de trabajo (Waerness, 1987). Se trata de un tipo de actividad que exige una atención personal, de unos servicios que normalmente se prestan cara a cara, en una relación de confianza mutua, y cuyos destinatarios a menudo no pueden expresar con claridad sus necesidades, como los niños pequeños, los enfermos o los ancianos. Además de describir un tipo de ocupación, el concepto de trabajo asistencial engloba las razones intrínsecas que llevan a una persona a dedicarse a esa actividad: un sentimiento de unión afectiva, de apego a quienes reciben sus cuidados (Folbre, 1995). En este sentido, tiene mucho que ver con otro concepto que se ha tratado más en los textos de sociología, el de «trabajo afectivo» (Hochschild, 1983). Abel y Nelson lo expresan de esta manera: «Cuidar de alguien es una actividad que comprende tanto unas tareas instrumentales como unas relaciones afectivas. Pese a la clásica distinción de Parson entre estas dos formas de comportamiento, se da por hecho que quienes se dedican a esta actividad no sólo trabajan, sino que, además, lo hacen con cariño; no sólo han de ‘ocuparse’, también han de ‘preocuparse’» (1990, pág. 4). De manera similar, Sara Ruddick define la «actitud materna» como una «combinación de reflexión, criterio y sentimiento» (1983, pág. 214).

Matices de las palabras

En inglés, el significado preciso del término *care* depende de la preposición que lo acompañe o la construcción en que se encuentre. Así, no es exactamente lo mismo *to care for* una persona (cuidarla, atenderla) que *to care*

about (tener afecto, querer); y lo mismo ocurre con *to care*, *to take care* y *to take care of*, que expresan diversos matices de compromiso humano del sujeto. El *American Heritage Dictionary* da dos definiciones bastante negativas de *care* como sustantivo: 1) Inquietud del ánimo, como cuando se tienen grandes responsabilidades; preocupación. 2) Desasosiego, sufrimiento psíquico, pena. Como verbo, sus dos primeras definiciones son, sin embargo, positivas: 1) Preocuparse o interesarse por alguien o algo. 2) Prestar a una persona el cuidado que necesita, estar pendiente de ella. Da la impresión, pues, de que preocuparse o interesarse por alguien es asumir una inquietud o sentir una pena.

Pero estas definiciones no parecen muy acertadas. En los textos feministas se ha empezado a utilizar el término *care* con un sentido más concreto: no es sólo un sentimiento, sino una responsabilidad. Conviene distinguir entre los *care services*, los servicios asistenciales, que son un tipo de actividad laboral, y los *caring motives*, que son las razones personales, profundas, de quien realiza esa actividad, la cual supone un contacto personal con los destinatarios de los servicios. En actividades como la enseñanza, la enfermería o la orientación psicológica, la identidad personal es importante. Por lo común, el trabajador se dirige al destinatario por su nombre de pila, aunque no siempre tiene lazos emocionales o sociales con él y puede que trabaje simplemente por el sueldo o para evitar una sanción.

Detrás de muchos servicios asistenciales, aunque ciertamente no de todos, hay unos motivos personales más complejos que los intereses pecuniarios o instrumentales. Entrañan un sentimiento de unión con el destinatario, unos lazos que pueden estar basados en el afecto, en el altruismo o en normas sociales de obligación y respeto. En esos casos, la prestación del servicio se ve enriquecida por otro elemento más, la sensación de que «alguien cuida de mí», que puede mejorar los resultados de la actividad. Ese elemento añadido está presente a menudo incluso en los servicios que se realizan a cambio de un salario. Muchas personas deciden dedicarse a una actividad asistencial porque, además de ser un medio de ganarse la vida, les ofrece la posibilidad de satisfacer sus deseos de ser útiles a los demás. Aun cuando al principio no sientan esta inclinación, los trabajadores terminan muchas veces por encariñarse con las personas a las que cuidan o por sentirse responsables de ellas.

Así pues, para describir la prestación de servicios asistenciales no basta con aplicar los criterios económicos habituales, como el rendimiento o el salario; hay que tener en cuenta además su contenido personal y psicológico. El hecho de que quien presta servicios de este tipo se mueva o no por razones intrínsecas en vez de extrínsecas condiciona en gran medida la calidad de su labor. Como el análisis feminista de esta cuestión es aún reciente y, en cierto modo, está todavía poco desarrollado como teoría económica, convendrá destacar las diferencias que presenta con respecto a los planteamientos económicos del trabajo en las escuelas marxista y neoclásica.

Trabajo asistencial y alienación

Los teóricos influidos por la tradición marxista suelen encajar las tareas asistenciales, no sin dificultad, en una categoría específicamente suya, la de trabajo no alienado, esto es, la producción destinada al uso, no al intercambio. De ello se sigue que esta modalidad de trabajo prospera en las instituciones no capitalistas, como la familia, y que se ve necesariamente debilitada por la organización capitalista del trabajo. Sue Himmelweit (1995) sostiene con buenas razones que cuando las actividades que no se realizan para el mercado se interpretan simplemente como una forma de «trabajo» no remunerada – por ejemplo, en los intentos de atribuir a la producción doméstica un valor de mercado –, se desdeñan sus facetas personales y psicológicas. Nel Noddings (1984) va aún más lejos al dejar entrever que cuidar de los demás es una actividad intrínsecamente remuneradora (a la vez que moralmente trascendente).

Pese a ello, muchas feministas procuran no describir este tipo de trabajo en términos excesivamente almibarados, pues se niegan a aceptar que sea siempre más grato o satisfactorio que otras formas de actividad laboral. Así, ponen de relieve que el trabajo asistencial tiene dos caras que son contradictorias, pues es frustrante a la vez que gratificante. Arlie Hochschild (1983) ve en las exigencias del trabajo psicológico una expresión peculiar de nuevas formas de explotación que son a su vez peculiares del nuevo sector de los servicios.

No sólo en la tradición marxista sino también en la escuela weberiana en general se tiende a situar el trabajo asistencial para la familia y la comunidad al margen de la esfera del mercado moderna, de lo cual se desprende que la expansión de las relaciones de mercado ha de ser perjudicial para estas actividades, y que éstas recuperarían pujanza si se volviera a unas relaciones más personales y más centradas en la familia, conclusión a la que se llega en numerosos textos que propugnan el comunitarismo (Etzioni, 1988). Las autoras feministas desconfían de esta idea, por la razón evidente de que las relaciones personales han sido a menudo patriarcales. Apartarse de las relaciones de producción capitalistas no equivale necesariamente a aproximarse a formas de trabajo asistencial menos alienadas o más satisfactorias.

La línea divisoria entre el trabajo asistencial y el «no asistencial» no coincide con la que separa producir al margen del mercado de trabajar a cambio de un salario. Así, los estudios feministas hacen hincapié en la notable similitud que existe entre las responsabilidades de la mujer cuando se dedica a cuidar a sus familiares y las que tiene en trabajos remunerados como la enseñanza y la enfermería. De este modo, el concepto de trabajo asistencial destaca el carácter discriminatorio de las normas de género que configuran la división del trabajo entre los sexos tanto en la familia como en el mercado. A las mujeres se les supone, e incluso se les exige, una mayor dedicación a las tareas de asistencia que a los hombres.

Las nuevas teorías económicas institucionalistas, al igual que la mayoría de las corrientes funcionalistas de la sociología, interpretan las normas sociales como mecanismos esencialmente benignos mediante los cuales las sociedades resuelven mejor sus problemas de coordinación (Schotter, 1981). Los teóricos

marxistas, tanto en economía como en sociología, las interpretan, por lo general, como instrumentos de dominación colectiva, pero suelen dar más importancia a las relaciones de clase que a las desigualdades entre los sexos. Ninguno de estos planteamientos dice gran cosa acerca de cómo podríamos tratar de modificar las normas por las que se rige el trabajo asistencial. Tampoco está claro qué nivel general de esta actividad puede soportar una economía que recompensa mucho más generosamente la persecución del interés personal de cada cual que cuidar de los demás. Los análisis marxistas de la alienación y los análisis feministas del trabajo asistencial tienen orígenes diferentes, pero convergen en una serie de cuestiones y preocupaciones sobre la futura calidad de vida en un mercado capitalista en el que los servicios asistenciales de pago desempeñan un papel cada vez más importante.

Trabajo asistencial y utilidad máxima

La teoría económica neoclásica se basa en gran medida en un modelo simplificado del ser humano económico racional que persigue su interés personal. El altruismo sólo tiene cabida en la familia, donde se trata como un supuesto igualmente simplificado. La idea de que un trabajador remunerado pueda «preocuparse» por la persona que recibe sus servicios desbarata el supuesto del interés personal. Si el individuo X obtiene alguna utilidad del bienestar del individuo Y, los individuos que maximizan la utilidad deben hacer comparaciones intersubjetivas de este valor. La mujer (y el hombre incluso) debe preguntarse si hacer algo que le supone una molestia va a mejorar suficientemente la situación de la persona a la que atiende como para que le compense hacerlo. Según la teoría neoclásica, estas comparaciones intersubjetivas son imposibles y, por consiguiente, el ser humano económico racional queda desorientado dentro de la maraña, por así decirlo.

El análisis convencional de la oferta de trabajo parte de que los individuos comparan la utilidad que les reportan los ingresos con la desutilidad que supone trabajar, y dejan de trabajar cuando esas fuerzas contrarias se igualan en el margen. El concepto de trabajo asistencial implica que la gente obtiene alguna utilidad del propio quehacer, además de la mejora del bienestar del destinatario, de modo que el análisis se desplaza hacia los parámetros de la función de utilidad, lo cual suele poner nerviosos a los economistas neoclásicos. De repente, la conformación social de las preferencias individuales es un factor que adquiere validez.

Tradicionalmente, los teóricos neoclásicos han evitado este problema estableciendo una línea divisoria rigurosa entre la esfera del altruismo (la familia) y la del interés personal (el mercado). En cambio, el análisis feminista sostiene que el trabajo asistencial en la familia es a veces impuesto y no altruista, y que, al mismo tiempo, la elección de una ocupación remunerada se hace en ocasiones por un impulso altruista de ayudar a los demás. El hecho de que esa línea divisoria se desdibuje suscita preguntas sumamente incómodas: ¿por qué algunas personas – y también algunas categorías concretas de personas – se dedican más que otras a cuidar de las demás? Robert Frank (1998), entre otros,

ha señalado la importancia tanto de los sentimientos como del altruismo, pero no llega a indagar qué relación puede haber entre esos valores y la conformación social del género (las diferencias mencionadas entre la condición femenina y la condición masculina) o los cambios de organización de la vida familiar.

Es difícil citar un precepto más esencial para la visión neoclásica que su confianza en la búsqueda individual del interés personal, confianza que se ha amparado históricamente en el supuesto de que la familia, por existir «fuera» de la esfera económica, proporciona los niveles necesarios de altruismo y atención a los demás. Obviamente, este supuesto se ha tambaleado a raíz de la desestabilización de la familia patriarcal y la incorporación de esposas y madres al trabajo remunerado. Una vez que se ha hecho patente que la familia es susceptible de reorganización económica y de cambio, ya no se la puede excluir tan fácilmente del análisis general. Y una vez incluida en él, parece claro que la economía en conjunto nunca se ha basado por completo en la persecución individual del interés personal. Siempre ha necesitado cierto grado de prestación de asistencia a otras personas, sobre todo a las personas dependientes.

Las teorías económicas (y políticas) predominantes han ignorado casi por completo a las personas dependientes. El ser humano económico racional es un adulto autosuficiente. Podemos confiar en sus decisiones si aceptamos que sus preferencias son respetables y es capaz de raciocinio. La soberanía del consumidor presupone que sabe qué es lo que más le conviene. Pero aunque admitamos este principio respecto de hombres y mujeres adultos, es evidente que no resulta válido para los niños pequeños, ni tampoco para muchos enfermos y ancianos disminuidos. Aun cuando el ser humano económico racional pudiera subsistir exclusivamente por sus propios medios durante parte de su vida, no parece probable que pudiera llegar a la edad adulta o sobrevivir hasta una edad avanzada sin algún tipo de asistencia de signo altruista.

Diferencias sociales entre los sexos y normas del trabajo asistencial

Ya sea que abordemos el concepto de trabajo asistencial a la luz de los planteamientos económicos neoclásicos o de los marxistas, el curso del análisis nos lleva a formularnos preguntas apremiantes sobre la evolución de las normas sociales. Los economistas han empezado a ocuparse más de este tema en los últimos años, si bien suelen considerar las normas como soluciones a problemas de coordinación, en vez de aceptar que pueden reflejar, de diversas maneras, formas colectivas de dominio social (Schotter, 1981). En realidad, las colectividades tratan a menudo de aplicar normas y preferencias que consideran beneficiosas. Como ha escrito Edna Ullmann-Margalit:

[una norma puede] entenderse como un sutil instrumento de coerción, utilizado por los privilegiados en un *statu quo* de desigualdad para defender el mantenimiento de ese *statu quo*. Es sutil por cuanto conserva intacto el aire de impersonalidad y logra encubrir lo que realmente subyace a la parcialidad de las normas, que no es otra cosa que ejercer un poder (1977, pág. 189).

La teoría feminista hace hincapié en la vertiente coercitiva de las normas sociales de la masculinidad y la feminidad, calificándolas de componentes decisivos de las estructuras discriminatorias que encorsetan a la mujer (Folbre, 1994).

Altruismo socialmente impuesto

El colectivo de los hombres tiene mucho que ganar fomentando la inclinación de las mujeres a realizar labores asistenciales, aunque, por supuesto, lo contrario también es verdad: las mujeres tienen mucho que ganar instilando en los hombres las normas y preferencias del trabajo asistencial. Ahora bien, nuestras ideas sobre el comportamiento masculino y femenino nacieron en unas sociedades donde los hombres tenían mucho más poder cultural y económico que las mujeres. El resultado puede calificarse de «altruismo impuesto por la sociedad», un sistema de socialización coercitiva sesgado en favor de la condición masculina y que perjudica a la mujer (Folbre y Weisskopf, 1998). Otra expresión acertada es «obligación discriminatoria» (Ward, 1993, pág. 103).

La imposición social se produce mediante la concepción y la puesta en práctica de unas normas sobre las obligaciones familiares que están muy sesgadas a favor de uno de los sexos. Con independencia de la amplitud de las diferencias innatas que pueda haber entre hombres y mujeres, las normas sociales ejercen una fuerte presión para que se asuman funciones diferentes según el sexo. Concretamente, asignan a las mujeres más responsabilidad en lo tocante al cuidado de las personas dependientes, un cometido que casi literalmente exige altruismo. Los estudios experimentales indican que, aunque no hay diferencias generales significativas en los *niveles* de altruismo del hombre y de la mujer, las formas en que se expresa sí son muy distintas en uno y otro sexo (Kohn, 1990). La forma de ayudar a los demás depende mucho del contexto. Los hombres son más propensos a ayudar a alguien a llevar su colada, y las mujeres a ayudarle a doblarla. Otro ejemplo menos banal es que los hombres están más dispuestos que las mujeres a ir a la guerra, a exponerse al riesgo de morir o de resultar heridos. En cambio, las mujeres tienden a ayudar de manera altruista a la familia y a la comunidad, y su altruismo suele traducirse en el trabajo asistencial.

Un ejemplo revelador es la Encuesta Social General de los Estados Unidos, que incluye preguntas concebidas para medir la aceptación de las normas sociosexuales tradicionales, en varias de las cuales se relacionan explícitamente trabajo asistencial, altruismo y feminidad. Desde 1972, por ejemplo, se viene preguntando a los encuestados si aprueban totalmente, aprueban, desaprueban o desaprueban totalmente la siguiente afirmación: «Es mucho mejor para todos que el hombre trabaje fuera y la mujer cuide de la casa y de la familia». Obsérvese que no se trata sólo de hacer el trabajo doméstico, sino de «cuidar de» la casa y la familia. En las encuestas efectuadas entre 1972 y 1982, el 65 por ciento de los encuestados aprobaban o aprobaban totalmente esta frase; en 1994 eran sólo el 34 por ciento (Cherlin, 1996). Este descenso tan marcado se explica casi con seguridad por la rápida incorporación de las mujeres al trabajo

remunerado y porque han ganado capacidad para oponerse a las normas tradicionales impuestas por la cultura. Con todo, sorprende que – en un país considerado a menudo como el más «moderno» del mundo – un tercio de los encuestados opine que la mujer debe especializarse en atender a la familia.

En los países en desarrollo raras veces se realizan encuestas como ésta que investigan actitudes; pero en su estudio clásico sobre las diferencias de mortalidad infantil según el sexo, Amartya Sen (1990) señala que, a menudo, las mujeres no se ven a sí mismas como individuos que tienen intereses propios, diferenciados de los de los miembros de su familia (véase también Kabeer, 1994). De hecho, las políticas explícitas de dominación masculina pueden ejercer en la práctica menos fuerza que las normas culturales que equiparan feminidad y abnegación.

La autora feminista Joan Tronto señala que privar a las personas de oportunidades reales de defender su propio interés puede incitarlas a vivir a través de otros, utilizando la actividad asistencial como sustituto de una gratificación más personal (1987, págs. 647 y 650).

El altruismo materno parece muchas veces más fuerte que el paterno en varios aspectos importantes. Generalmente, las madres dedican a las necesidades familiares una parte de sus ingresos notablemente mayor que la que dedican los padres (Benería y Roldan, 1987, y Chant y Campling, 1997). Así, suelen gastar más dinero en la salud y la nutrición de los hijos que en otras cosas como, por ejemplo, comprar bebidas alcohólicas (Dwyer y Bruce, 1988, y Hoddinott, Alderman y Haddad, 1998). En muchos países un elevado porcentaje de padres aportan poca o ninguna ayuda económica a sus hijos (Folbre, 1994).

¿Por qué las mujeres suelen dedicar más tiempo y esfuerzo que los hombres a atender a los demás? Los sociobiólogos destacan la mayor inversión biológica que las mujeres hacen en cada hijo (Daly y Wilson, 1983), pero se puede reconocer la importancia de la biología sin desestimar la importancia de la cultura. Hasta Edward O. Wilson, el más célebre defensor de la sociobiología, escribe que la divergencia entre el comportamiento masculino y el femenino «se incrementa casi siempre durante el desarrollo psicológico posterior por efecto de las sanciones y el aprendizaje culturales» (1978, pág. 129). Gary Becker sostiene algo parecido en su *Treatise on the family* (1991). Las mujeres suelen cuidar de los ancianos y de los niños mucho más que los hombres, costumbre que difícilmente podría explicarse por el hecho de que los óvulos femeninos son poco numerosos comparados con los espermatozoides masculinos.

En la mayoría de las sociedades se refuerza mucho más el altruismo femenino con la familia y los hijos que el masculino. Si las mujeres se especializan «de forma natural» en cuidar de los demás, ¿por qué las sociedades desarrollan reglas y prácticas coercitivas que suponen un obstáculo para que hagan otras cosas? La evolución histórica de la estructura de la familia y la política social en diferentes países apunta claramente a que el poder colectivo, económico y político, de las mujeres influye en su capacidad para convencer a los hombres – y a la sociedad en general – de que compartan los costos del cuidado de las personas dependientes (Folbre, 1994).

Pactos culturales

Quienes se dedican a cuidar de los demás son muchas veces rehenes de su propia actividad. La mayoría de las formas de negociación se basan en la amenaza de negar algo valioso. Pues bien, las personas que se ocupan de los demás actúan casi por definición por unos motivos intrínsecos que les impiden denegar la atención que prestan. Una madre (o un padre) no puede decirle a su hijo que si sigue llorando dejará de quererle. A los profesionales de la enfermería y la docencia no les gusta hacer huelgas porque éstas perjudican tanto, si no más, a los pacientes y alumnos como a los empleadores. En el proceso de negociación cultural en un sentido más amplio, es posible que las mujeres prefieran un mundo en el que ellas sigan asumiendo una parte desproporcionada del trabajo asistencial a otro en el que nadie se preocupe en absoluto por los demás.

Las religiones integristas fomentan que las mujeres se hagan cargo de estas tareas con la amenaza de que, si no, nadie lo hará. La conservadora Linda Weber lo expresa de esta manera: «¿Cómo vamos a imitar al Creador en nuestras relaciones si no podemos aprender de nuestras madres a entregarnos, a ofrecernos con amor, y a refrenar nuestros impulsos carnales por el bien de los demás?» (Weber, 1994, pág. 195). Un orador que intervino en una conferencia de la Mayoría Moral de los Estados Unidos explicó lo siguiente: «Las mujeres son más felices cuanto menos tiempo pasan pensando en sí mismas [...]. Su naturaleza las predestina a dedicarse a satisfacer las necesidades de los demás» (citado en Mednick, 1989). Y se ha sostenido la tesis de que si las mujeres no fueran abnegadas, los niños serían inevitablemente agresivos y crecerían sin control, y los hombres volverían a la barbarie (Gilder, 1992).

Se suele hablar del trabajo asistencial en términos teñidos de docilidad. En junio de 1998, la convención de los Baptistas del Sur, la mayor confesión protestante de los Estados Unidos, declaró que las esposas debían «someterse de buen grado» a la autoridad de sus maridos (véase Niebuhr, 1998). En Egipto, una decisión del Tribunal Supremo invalidó en 1985 una ley que concedía a la mujer el derecho a divorciarse si su marido tomaba una segunda esposa. El régimen militar del Sudán no permite a las mujeres salir del país sin autorización del padre, el marido o un hermano (Beyer, 1990). La política aplicada por los talibanes en Afganistán constituye una versión más extremada de esta misma posición: utilizar tanto las leyes explícitas como las normas sociales para prohibir trabajar a las mujeres fuera del hogar.

El resurgimiento del integrismo religioso en todo el mundo pone de manifiesto la inquietud que ha producido la desestabilización de unas relaciones patriarcales tradicionales que aseguraban una oferta de trabajo asistencial relativamente barata. Esa inquietud obedece en parte a unos intereses políticos basados en la nación, la raza, la clase y el sexo, pero también corresponde a una preocupación más general por la amenaza de lo que Benjamin Barber llama el «McWorld»: una sociedad de «atención rápida» en la que las personas compran a bajo precio unidades normalizadas y previamente preparadas de vigilancia, instrucción y terapia. En un mundo de mercados que operan al contado y de transacciones instantáneas, no hay apenas cabida para la solidaridad y el afecto.

Si cada vez son más quienes optan por una actitud individualista que antepone la autonomía a la responsabilidad social, las desventajas y los riesgos de ésta se incrementarán. Sucederá un poco como con la carrera de armamentos, en la que los esfuerzos de cada parte por conseguir la superioridad estratégica llevan a un tremendo despilfarro de recursos sociales y, en última instancia, a una guerra destructiva de todos contra todos.

Los conservadores suelen reprochar a las feministas que propugnan los valores del individualismo occidental o liberal (Fox-Genovese, 1991), pero no es cierto. Sostener que las mujeres deben tener exactamente los mismos derechos individuales que los hombres deja sin resolver el problema de cómo definir esos derechos y de cómo equilibrarlos con las responsabilidades sociales. Las mujeres han sido siempre especialmente sensibles a las tensiones entre solidaridad e individualismo. Un pacto cultural que se limite a que las mujeres puedan actuar más como los hombres, que redefina la femineidad en términos más masculinos y egoístas, es menos atractivo que un pacto que redefina la masculinidad en términos más femeninos y solidarios. Ahora bien, un pacto de esas características resulta muy difícil de negociar.

El trabajo asistencial debe ser tan masculino como femenino

Se están poniendo en tela de juicio las normas sociales tradicionales de la masculinidad. En influyentes análisis de la discriminación profesional basada en el sexo se llega a la conclusión de que es necesario repudiar los estereotipos (Anker, 1998), pero es un proceso mucho más complicado de lo que parece a primera vista. Los estereotipos son especialmente resistentes al cambio cuando benefician a quienes tienen el poder económico y cultural para defenderlos.

Muchos sociólogos ven con optimismo los intentos de estimular la participación masculina en el trabajo asistencial como un medio de reducir la desigualdad entre los sexos (Mahoney, 1995). Scott Coltrane, por ejemplo, es partidario de que los hombres intervengan más en el trabajo familiar (1998, pág. B8). La participación masculina en el cuidado de los hijos, insiste otro sociólogo, David Popenoe, es beneficiosa lo mismo para los propios hombres que para la sociedad en general (1996, pág. 218). Un estudio sobre padres que se ocupaban solos de sus hijos (ninguno de los cuales había elegido hacerlo) reveló que cuando asumían las responsabilidades del cuidado de los hijos mejoraba la crianza y la capacidad de comprensión de éstos (Risman, 1987). Algunos estudios de antropología intercultural revelan que los niños a los que se encarga de ocuparse de otros niños se convierten en adultos más afectuosos y solidarios (Monroe, 1996, pág. 176). Los homosexuales han respondido a la epidemia del SIDA prestándose ayuda personal y colectivamente.

Este replanteamiento de la masculinidad no es exclusivo de los Estados Unidos y otros países desarrollados. En el Programa de Acción de la Conferencia Internacional de las Naciones Unidas sobre la Población y el Desarrollo, celebrada en 1994, se dice:

Deberían hacerse esfuerzos especiales por insistir en la parte de responsabilidad del hombre y promover la participación activa de los hombres en la paternidad responsable, el comportamiento sexual y reproductivo saludable, incluida la planificación de la familia; la salud prenatal, materna e infantil; la prevención de las enfermedades de transmisión sexual, incluido el VIH; la prevención de los embarazos no deseados y de alto riesgo; la participación y la contribución al ingreso familiar; la educación de los hijos, la salud y la nutrición; y el reconocimiento y la promoción de que los hijos de ambos sexos tienen igual valor. Las responsabilidades del hombre en la vida familiar deben incluir la educación de los niños desde la más tierna infancia (Naciones Unidas, 1995, pág. 25, párrafo 4.27).

Las exhortaciones de este tipo son nobles y están justificadas, pero es importante averiguar de dónde procede la resistencia al cambio. El trabajo asistencial es costoso. Los hombres son reacios a asumir responsabilidades que reduzcan sus ingresos profesionales, igual que lo son a trabajar en ocupaciones que están peor pagadas que la mayoría de las típicamente masculinas. En una economía mundializada que se caracteriza por un aumento de la competencia, es probable que los costos relativos del trabajo asistencial estén aumentando. Hay otra razón de que las normas sociosexuales tradicionales se resistan al cambio, y es que se reproducen por la interacción entre el mercado de trabajo y el mercado matrimonial.

Cómo se reproduce la discriminación

Dos de las pautas demográficas más significativas del siglo XX – el descenso de la fecundidad y la incorporación progresiva de la mujer a la fuerza de trabajo – han tenido un efecto desestabilizador sobre las funciones asumidas tradicionalmente por hombres y mujeres. Pero estas dos corrientes han chocado contra una fuerza contraria poderosa: la mencionada segregación profesional, que reproduce la división tradicional del trabajo en el hogar. Incluso en un país como los Estados Unidos, en donde las mujeres reciben, por término medio, algo más de instrucción escolar que los hombres y en donde la discriminación entre los sexos está prohibida por la ley, las mujeres siguen excesivamente concentradas en ocupaciones «femeninas». Según una reciente estimación, el 53 por ciento de los hombres y las mujeres deberían cambiar de profesión para equilibrar la distribución ocupacional (Blau, 1998); la segregación profesional es el factor causante de nada menos que el 40 por ciento de la diferencia de ingresos entre hombres y mujeres (Petersen y Morgan, 1995).

Segregación profesional y trabajo asistencial

El hecho de que las mujeres estén en su mayor parte concentradas en ocupaciones «femeninas» hace que sus puestos de trabajo suelen incluir responsabilidades de índole asistencial. Es difícil evaluar esta relación, pues las reglas internacionales de clasificación de las ocupaciones se elaboraron en un marco teórico que distinguía entre la producción de bienes materiales (llamada «producción») y la prestación de servicios menos tangibles, y daba mucha importancia a la titulación académica requerida para las diversas ocupaciones y a las funciones asignadas a

cada una en la cadena de mando de la empresa jerarquizada clásica. No obstante, cabe distinguir claramente algunas «ocupaciones asistenciales».

Las más notorias son las de la enfermería y la enseñanza, dos subgrupos principales de las ocupaciones profesionales y técnicas; ambas están mal remuneradas, sobre todo en relación con la preparación académica exigida. En los Estados Unidos, casi la mitad de las mujeres que ejercían en 1991 puestos profesionales y técnicos eran enfermeras o profesoras, y a estas dos ocupaciones se debe en parte que, en todo el mundo, las mujeres estén sobrerrepresentadas en esta categoría general (Anker, 1998, pág. 163).

En los países de la OCDE están atrayendo un considerable interés en la actualidad dos ocupaciones relativamente mal remuneradas, el cuidado de niños y el de ancianos, ambas incluidas en la categoría general de trabajadores de los servicios. El aumento de la participación de la mujer en la fuerza de trabajo ha reducido notablemente la atención no profesional a la familia y ha despertado preocupación por el bajo nivel salarial, la elevada rotación del personal y, en consecuencia, la baja calidad de la atención social (Christopherson, 1997).

Ahora bien, la responsabilidad de cuidar de otras personas no se limita a las ocupaciones más propiamente asistenciales. Diversos estudios etnográficos de la actividad laboral indican que se supone que las secretarías han de proteger a sus jefes del estrés y fomentar un ambiente positivo y tranquilizador (Alexander, 1987, y Kanter, 1993). Las camareras tienen que ser comprensivas y afables (Spradly y Mann, 1975). Las azafatas han de comportarse heroicamente en momentos de crisis y desbordar de simpatía cuando sirven bebidas a los pasajeros (Hochschild, 1983). Las asistentes de los bufetes jurídicos han de confortar, como si fueran sus madres, a los abogados que intervienen en pleitos especialmente enconados (Pierce, 1995). Es decir, para determinar el porcentaje exacto de ocupaciones que tienen un perfil asistencial no nos sirven las clasificaciones tradicionales.

En cualquier caso, la cuestión más importante es por qué las mujeres siguen dedicándose a actividades laborales de este tipo, incluso en entornos económicos en que parecen tener cierta capacidad de elección y están claras las ventajas económicas que ofrece el dedicarse a ocupaciones de predominio masculino. Una explicación obvia es que durante la infancia se las socializa para que se especialicen en las tareas tradicionalmente femeninas (England, 1992, y Jacobs, 1989). Con todo, cabe esperar que esas formas de socialización vayan perdiendo fuerza, o incluso desapareciendo, a medida que se cobra conciencia del perjuicio económico que causan. También puede ocurrir que las mujeres tengan que verse en un aprieto: que las ventajas de elegir una ocupación no tradicional se vean anuladas por disfrutar de menos dinero procedente de los ingresos de los hombres.

Normas sociosexuales y mercado matrimonial

En los matrimonios suelen unirse personas de clase, raza y nivel educativo semejantes (South, 1991). Los hombres tienen un aliciente económico para casarse con una mujer que gane mucho dinero, pues aportará más a los ingresos fami-

liares, pero puede desasosegarles que su pareja tenga más capacidad de exigir, que les presione para que asuman más responsabilidades en la casa y que sientan amenazada su masculinidad (Mason y Lu, 1998, y Goldscheider y Waite, 1991).

Datos dispersos muestran desde hace mucho tiempo que determinados caminos profesionales – los que están dominados por los hombres – se consideran claramente «no femeninos», bien porque están ocupados principalmente por hombres, bien porque en ellos a las mujeres les resulta difícil vivir de acuerdo con las normas femeninas de vestimenta y conducta. Lo que se suele pasar por alto es el efecto económico de esta influencia normativa. Los modelos tradicionales de inversión en capital humano, comprendida la elección de profesión, apuntan a que las tasas de rendimiento obtenidas en el mercado de trabajo son un factor que influye de modo esencial (Mincer y Polachek, 1974). Pero la elección de profesión puede tener consecuencias también para el mercado matrimonial.

El que una mujer se case o no, y, de hacerlo, con quién, repercute de manera sustancial en su situación económica. Incluso en países como los Estados Unidos, donde la tasa de actividad femenina es relativamente alta, la situación económica de una mujer es mucho mejor cuando cuenta con los ingresos de un marido. En 1997, la mediana de ingresos de una pareja casada era de 51.591 dólares estadounidenses. Suponiendo que las mujeres casadas tuvieran acceso a la mitad de esa cantidad, ganarían un 23 por ciento más que la mediana de ingresos de una familia monoparental a cargo de una mujer (Ministerio de Comercio, 1998, cuadro 6).

A las mujeres que eligen ocupaciones no tradicionales les puede resultar más difícil encontrar – y conservar – a un marido con ingresos altos. Veamos a continuación un experimento que realizó la economista austríaca Doris Weichselbaumer en un periódico gratuito de Massachusetts. Envío dos anuncios por palabras sobre sendas mujeres imaginarias, cuya única diferencia significativa era que sólo una de ellas tenía una profesión (enfermera) que se adecuaba a las normas sociosexuales tradicionales (la otra era electricista). He aquí los anuncios:

Soltera de raza blanca, 31 años, bien parecida, delgada, enfermera. Aficionada al esquí de fondo y al cine, económicamente estable, desearía conocer hombre para relación duradera.

Soltera de raza blanca, delgada y atractiva, electricista, 30 años, económicamente estable, aficionada al cine y al patinaje sobre hielo, busca hombre para relación duradera (Weichselbaumer, 1999).

Los anuncios se publicaron durante cinco semanas. La enfermera recibió setenta y siete respuestas, la electricista treinta y nueve. El resultado indica que no someterse a los modelos de masculinidad y feminidad está muy castigado.

Badgett y Folbre (1999) trataron este tema utilizando encuestas factoriales para valorar la importancia relativa de numerosas características distintas de una determinada opción. Para medir el atractivo de diversas características de varias personas se pidió a grupos de estudiantes de tres cursos de muchos alumnos (introducción a la física, a la sociología y a la economía) de la Universidad

de Massachusetts en Amherst que valoraran diez pequeñas viñetas de descripciones personales. La muestra de la encuesta se eligió en parte por comodidad, pero también porque los universitarios suelen ejercer con denuedo las dos actividades que interesaban a los investigadores: la preparación para determinadas ocupaciones y la búsqueda de pareja.

Las viñetas se cambiaron sistemáticamente para poder comparar los resultados cosechados por las descripciones de unas personas que se amoldaban a las funciones sociosexuales con los de otras que no se amoldaban a ellas, teniendo en cuenta la condición social (que está relacionada con los ingresos). Las ocupaciones se clasificaron en cuatro categorías: baja condición social/alta feminidad (por ejemplo, enfermera), alta condición social/alta feminidad (por ejemplo, pediatra), baja condición social/baja feminidad (por ejemplo, carpintera), y alta condición social/baja feminidad (por ejemplo, piloto de líneas aéreas). Para añadir más detalles de interés, como ocurriría en un anuncio por palabras, y dejar claro el nivel de instrucción necesario en ciertas ocupaciones, se asignó un nivel de titulación específico a cada ocupación. Se esperaba que, manteniendo constantes las características físicas y socioeconómicas, la coincidencia entre el sexo y la ocupación en una viñeta tuviera un importante efecto en el grado de deseabilidad. Más concretamente, se esperaba que las mujeres que desempeñaban empleos tradicionalmente femeninos estuvieran mejor consideradas por los hombres que las ocupadas en empleos tradicionalmente masculinos. Y que si las mujeres tenían en cuenta las consecuencias sociosexuales de sus aspiraciones y opciones profesionales, también considerarían menos atractivas para los hombres a las mujeres que no se ajustaran a las funciones tradicionales. De manera análoga, las viñetas en las que aparecía un hombre empleado en un sector de predominio femenino obtendrían peor puntuación tanto de los hombres como de las mujeres.

Los resultados confirmaron en general la hipótesis de que la contravención de los estereotipos sexuales – teniendo en cuenta la condición social y la instrucción – redujo la frecuencia de respuestas al anuncio por palabras y, por tanto, el número de pretendientes. La penalidad es mayor por parte de quienes mantienen actitudes tradicionales respecto de las funciones «apropiadas» de uno y otro sexo. Acusan especialmente los efectos las mujeres que desempeñan ocupaciones «masculinas» que no exigen una titulación académica elevada y no conllevan un nivel relativamente alto de prestigio o condición social. Una cirujana ortopédica, por ejemplo, sale menos perjudicada que una electricista.

Al igual que las mujeres, los hombres con trabajos atípicos de su sexo son considerados menos atractivos, aunque su desviación del estereotipo masculino parece tener menos importancia que su capacidad de ganarse bien la vida. Lo importante de esta comparación es que los hombres que invierten en perfeccionar su propio capital humano con vistas al mercado de trabajo tienen dos réditos: uno en este mercado y otro en el mercado matrimonial. Las mujeres también obtienen el rédito del mercado laboral (aunque puede verse reducido por la discriminación), pero en el mercado matrimonial sacan mucho menos provecho cuando se dedican a profesiones consideradas «poco femeninas».

Sabemos menos sobre cómo puede afectar la contravención de los estereotipos sexuales a los compromisos y matrimonios en los países en desarrollo, aunque hay amplias posibilidades de investigarlo. De la búsqueda de pareja suelen ocuparse otras personas, como los padres o casamenteros profesionales, aun cuando, a veces, llega a utilizarse la red Internet. El siguiente anuncio, por ejemplo, apareció en una página de Internet de Sri Lanka en diciembre de 1998 (www.lanka.net/lakehouse): «Padres budistas govi buscan hombre profesionalmente cualificado, misma casta, abstemio, no fumador, menor de 43 años, para hija de 37, atractiva, delgada e instruida, muy buen carácter, ejecutiva informática cualificada [...] Contestar con horóscopo y detalles».

Tratándose de las jóvenes, la titulación académica puede ser un sustituto de la dote, sobre todo si da acceso a una de las pocas ocupaciones lucrativas que la cultura imperante considera apropiadas para la mujer. De hecho, las titulaciones que permiten acceder a profesiones femeninas o a ocupaciones relativamente nuevas, como la de programador de computadoras, que aún no están sesgadas hacia un sexo u otro, pueden ser para las mujeres la única manera de escapar de las normas culturales que las sancionan por dedicarse a ocupaciones «masculinas». Las que no pueden seguir estudios superiores se quedan estancadas tras una barrera profesional muy difícil de superar y que refuerzan probablemente las amenazas de acoso sexual a las mujeres que pretenden «llevar los pantalones».

Cabe pensar que la interacción entre los mercados laboral y matrimonial adopta formas muy distintas según los países y las épocas. No obstante, la dinámica básica que hemos descrito influye significativamente en la evolución de las normas sociosexuales. Es probable que los efectos de la socialización durante la infancia vayan disminuyendo en el futuro, a medida que la conformidad con las normas tradicionales imponga a las mujeres un precio cada vez más alto. Los estereotipos tienden a debilitarse con el paso del tiempo. Pero si las decisiones de las mujeres están condicionadas por el deseo de formar una familia en el futuro, es posible que aprovechen con lentitud las posibilidades que se les presenten de dedicarse a ocupaciones no tradicionales y mejor remuneradas. Las ventajas de ganar sueldos masculinos pueden verse reducidas por el miedo a correr peor suerte en el matrimonio o, simplemente, por un temor más indefinido a resultar menos atractivas.

Conclusiones

Las normas sociales sobre lo que es masculino y lo que es femenino pueden ser impugnadas abiertamente, como de hecho ha ocurrido. En un momento crucial de la lucha para acabar con el vendaje de pies en China a principios del siglo XX, un grupo de hombres, entre los cuales estaba el joven Mao Zedong, prometieron públicamente que nunca se casarían con una mujer que hubiera sido sometida a esa costumbre. Querían así contrarrestar el temor, muy extendido entre los padres, a que las jóvenes no encontraran marido si no tenían los pies convenientemente atrofiados y deformados. Como es obvio, aquellos jóve-

nes no aspiraban a suprimir todas las diferencias entre el hombre y la mujer, aunque se les acusó de ello. Lo que estaban haciendo era desafiar una concepción social de la feminidad que, a su juicio, a más de desagradable, era moralmente inadmisible.

El supuesto de que las mujeres están mucho más obligadas que los hombres a subordinarse a las necesidades de los hijos y la familia es, en cierto modo, análogo a la práctica de vendarles los pies. Restringe su movilidad, su independencia y su productividad. Las normas sociales que establecen una estrecha relación entre ser mujer y cuidar de los demás tienen consecuencias económicas significativas que ahondan la desigualdad entre los sexos tanto en el hogar como en el mercado laboral. Cuando las mujeres se incorporan al trabajo remunerado, esas normas se reproducen en forma de segregación profesional, que perjudica a las mujeres consideradas poco femeninas. No es de extrañar que las mujeres se movilicen muchas veces, colectivamente, en contra de esos estereotipos sociosexuales opresivos, ni que en ocasiones, como hemos visto en el ejemplo de China, haya hombres que se unan a ellas.

El poder patriarcal sigue ejerciendo una gran influencia económica y cultural. Pero hay una razón más profunda de que las mujeres decidan asumir más responsabilidades asistenciales aun sabiendo el precio que pagan por ello. A veces da la impresión de que la única alternativa a un mundo sin patriarcado es un mundo en el que nadie se ocupe de los demás. La evolución del capitalismo mundial puede contribuir a desestabilizar las formas tradicionales del poder patriarcal, pero también fomenta una guerra individualista de todos contra todos (Folbre y Weisskopf, 1998). Sobre todo en los países en que hay una gran desigualdad de ingresos y conflictos raciales o étnicos, el desarrollo económico va acompañado de un resquebrajamiento considerable de los vínculos familiares, un mayor porcentaje de familias mantenidas solamente por mujeres y altos niveles de pobreza de madres e hijos (Folbre, 1994). Los sustitutos de la asistencia familiar que ofrece el mercado a bajo precio suelen estar pensados sólo para reducir costos, no para propiciar las capacidades humanas.

Hemos de recordar que no estamos «entre la espada y la pared». Podemos distribuir de otra manera las responsabilidades del trabajo asistencial. Podemos forjar un nuevo contrato social que reparta esas obligaciones entre los hombres y las mujeres. Podemos elaborar nuevas normas sobre la relación entre los dos sexos que equilibren la fuerza con la ternura, la autonomía con los lazos humanos, el dinero con el amor. Podemos incluso negarnos a contraer matrimonio, a formar pareja (e incluso a salir) con quienes se sitúen claramente en uno de los extremos del dualismo y en contra del otro. Pero también tendremos que ocuparnos de la dinámica básica del capitalismo mundial. La única forma de apoyar y proteger el trabajo asistencial es reducir las presiones que ejerce el trabajo remunerado sobre la vida familiar, imponer criterios estrictos de calidad a los servicios asistenciales de carácter comercial, e impulsar la preparación profesional y la entrega de quienes se ganan la vida atendiendo a los demás. En vez de sujetar los pies de las mujeres, podríamos sujetar el capitalismo a lo que son sus auténticas responsabilidades, impidiéndole que sobrepase el ámbito circunscrito que le corresponde.

Bibliografía citada

- Abel, Emily K., y Nelson, Margaret K. 1990. «Circles of care: An introductory essay», en Emily K. Abel y Margaret K. Nelson (directoras): *Circles of care: Work and identity in women's lives*. Nueva York, State University of New York Press, págs. 4-34.
- Alexander, J. Davidson. 1987. *Gendered job traits and women's occupations*. Tesis doctoral inédita. Departamento de Economía de la Universidad de Massachusetts, Amherst (Massachusetts).
- Anker, Richard. 1998. *Gender and jobs: Sex segregation of occupations in the world*. Ginebra, OIT.
- Badgett, M. V. Lee, y Folbre, Nancy. 1999. *Job gendering: Occupational choice and the marriage market*. Estudio inédito. Departamento de Economía de la Universidad de Massachusetts, Amherst (Massachusetts).
- Becker, Gary. 1991. *A treatise on the family*. Edición ampliada. Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- Benería, Lourdes, y Roldan, Martha. 1987. *The crossroads of class and gender*. Chicago, University of Chicago Press.
- Berk, Sarah Fenstermaker. 1985. *The gender factory: The apportionment of work in American households*. Nueva York, Plenum.
- Beyer, Lisa. 1990. «Life behind the veil», *Time* (Nueva York), 8 de noviembre.
- Blau, Francine D. 1998. «Trends in the well-being of American women 1970-1995», *Journal of Economic Literature* (Nashville, Tennessee), vol. 36, núm. 1 (marzo), págs. 112-166.
- Braunstein, Elissa, y Folbre, Nancy. 1999. *To honor or obey: Efficiency, inequality, and patriarchal property rights*. Estudio inédito. Departamento de Economía de la Universidad de Massachusetts, Amherst (Massachusetts).
- Brines, Julie. 1994. «Economic dependence, gender, and the division of labor at home», *American Journal of Sociology* (Chicago), vol. 100, núm. 3 (noviembre), págs. 652-688.
- Chant, Sylvia, y Campling, Jo. 1997. *Women-headed households: Diversity and dynamics in the developing world*. Nueva York, St. Martin's.
- Cherlin, Andrew. 1996. *Public and private families: An introduction*. Nueva York, McGraw-Hill.
- Christopherson, Susan. 1997. *Childcare and elderly care: What occupational opportunities for women?* Labour Market and Social Policy Occasional Papers, núm. 27. París, Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE).
- Coltrane, Scott. 1998. «Fathers' role at home is under negotiation», *Chronicle of Higher Education* (Washington), vol. 45, núm. 6 (2 de octubre), pág. B8.
- Daly, Martin, y Wilson, Margo. 1983. *Sex, evolution, and behavior*. Segunda edición. Belmont (California), Wadsworth.
- Dwyer, Daisy, y Bruce, Judith (directoras). 1988. *A Home divided: Women and income in the third world*. Stanford (California), Stanford University Press.
- England, Paula. 1992. *Comparable worth: Theories and evidence*. Nueva York, Aldine de Gruyter.
- , y Folbre, Nancy. 1999. «The cost of caring», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* (Filadelfia), núm. 561 (enero), págs. 39-51.
- ; Herbert, Melissa S.; Kilbourne, Barbara Stanek; Reid, Lori L., y McCreary Megdal, Lori. 1994. «The gendered valuation of occupations and skills: Earnings in 1980 census occupations», *Social Forces* (Chapel Hill, Nueva Carolina), vol. 73, núm. 1 (septiembre), págs. 65-100.
- Etzioni, Amitai. 1988. *The moral dimension*. Nueva York, Free Press.
- Folbre, Nancy. 1995. «Holding hands at midnight: The paradox of caring labor», *Feminist Economics* (Londres), vol. 1, núm. 1 (primavera), págs. 73-92.
- . 1994. *Who pays for the kids? Gender and the structures of constraint*. Nueva York, Routledge.
- , y Weisskopf, Thomas. 1998. «Did father know best? Families, markets and the supply of caring labor», en Avner Ben-Ner y Louis Putterman (directores): *Economics, values and organization*. Cambridge, Cambridge University Press, págs. 171-205.
- Fox-Gonovese, Elizabeth. 1991. *Feminism without illusions: A critique of individualism*. Chapel Hill (Nueva Carolina), University of North Carolina Press.

- Frank, Robert. 1998. *Passions within reason*. Nueva York, W. W. Norton.
- Gilder, George. 1992. *Men and marriage*. Nueva York, Pelican.
- Goldscheider, Frances, y Waite, Linda. 1991. *New families, no families: The transformation of the American home*. Berkeley (California), University of California Press.
- Himmelweit, Susan. 1995. «The discovery of unpaid work: The social consequences of the expansion of work», *Feminist Economics* (Londres), vol. 1, núm. 2 (verano), págs. 1-19.
- Hochschild, Arlie Russell. 1983. *The managed heart: Commercialization of human feeling*. Berkeley (California), University of California Press.
- Hoddinott, John; Alderman, Harold, y Haddad, Lawrence (directores). 1998. *Intrahousehold resource allocation in developing countries: Methods, models and policy*. Baltimore (Maryland), Johns Hopkins University Press.
- Jacobs, Jerry. 1989. *Revolving doors: Sex segregation and women's careers*. Stanford (California), Stanford University Press.
- Joshi, Heather. 1998. «The opportunity costs of child bearing: More than mother's business», *Journal of Population Economics* (Berlín), vol. 11, págs. 161-183.
- . 1990. «The cash opportunity cost of childbearing: An approach to estimation using British evidence», *Population Studies* (Londres), vol. 44 (marzo), págs. 41-60.
- Kabeer, Naila. 1994. *Reversed realities: Gender hierarchies in development thought*. Nueva York, W.W. Norton.
- Kanter, Rosabeth Moss. 1993. *Men and women of the corporation*. Nueva York, Basic Books.
- Kohn, Alfie. 1990. *The brighter side of human nature*. Nueva York, Basic Books.
- Mahoney, Rhona. 1995. *Kidding ourselves: Breadwinning, babies, and bargaining power*. Nueva York, Basic Books.
- Mason, Karen Oppenheim, y Lu, Yu-Hsia. 1988. «Attitudes toward women's familial roles: Changes in the United States, 1977-1985», *Gender and Society* (Newbury Park, California), vol. 2, núm. 1 (marzo), págs. 39-57.
- Mednick, Martha. 1989. «On the politics of psychological constructs: Stop the bandwagon, I want to get off», *American Psychologist* (Washington), vol. 44, núm. 8 (agosto), págs. 1118-1123.
- Mincer, Jacob, y Polachek, Solomon. 1974. «Family investments in human capital: Earnings of women», *Journal of Political Economy* (Chicago), vol. 82, núm. 2, parte 2 (marzo-abril), págs. S76-S108.
- Ministerio de Comercio de los Estados Unidos. 1998. *Money income in the United States: 1997*. Current Population Reports, Consumer Income P60-200. Washington, Department of Commerce.
- Monroe, Kristen Renwick. 1996. *The heart of altruism: Perceptions of a common humanity*. Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press.
- Naciones Unidas. 1995. *Informe de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo. El Cairo, 5 a 13 de septiembre de 1994*. Documento A/CONF.171/13/Rev.1. Nueva York.
- Niebuhr, Gustav. 1998. «Wives should 'submit', Baptists say», *International Herald Tribune* (Zurich), 11 de junio, pág. 3.
- Noddings, Nel. 1984. *Caring: A feminine approach to ethics and moral education*. Berkeley (California), University of California Press.
- Petersen, Trond, y Morgan, Laurie A. 1995. «Separate and unequal: Occupation-establishment sex segregation and the gender wage gap», *American Journal of Sociology* (Chicago), vol. 101, núm. 2 (septiembre), págs. 329-365.
- Pierce, Jennifer L. 1995. *Gender trials: Emotional lives in contemporary law firms*. Berkeley (California), University of California Press.
- Popenoe, David. 1996. *Life without father*. Nueva York, The Free Press.
- Risman, Barbara J. 1987. «Intimate relationships from a microstructural perspective: Men who mother», *Gender and Society* (Newbury Park, California), vol. 1, núm. 1 (marzo), págs. 6-32.
- Ruddick, Sara. 1983. «Maternal thinking», en Joyce Trebilcock (directora): *Mothering: Essays in feminist theory*. Totowa (Nueva Jersey), Rowman and Allanheld, págs. 231-262.
- Schotter, Andrew. 1981. *The economic theory of social institutions*. Londres, Cambridge University Press.

- Sen, Amartya. 1990. «Gender and cooperative conflicts», en Irene Tinker (directora): *Persistent inequalities: Women and world development*. Nueva York, Oxford University Press, págs. 123-149.
- South, Scott J. 1991. «Sociodemographic differentials in mate selection preferences», *Journal of Marriage and the Family* (Minneapolis, Minnesota), vol. 53 (noviembre), págs. 928-940.
- Spradly, James P., y Mann, Brenda J. 1975. *Cocktail waitress: Women's work in a man's world*. Nueva York, McGraw-Hill.
- Tronto, Joan. 1987. «Beyond gender difference to a theory of care», *Signs: Journal of Women in Culture and Society* (Chicago), vol. 12, núm. 4 (verano), págs. 644-663.
- Ullmann-Margalit, Edna. 1977. *The emergence of norms*. Oxford, Clarendon Press.
- Waerness, Kari. 1987. «On the rationality of caring», en A. S. Sassoon (director): *Women and the State*. Londres, Hutchinson, págs. 207-234.
- Waldfogel, Jane. 1997. «The effect of children on women's wages», *American Sociological Review* (Washington), vol. 62, núm. 2 (abril), págs. 209-217.
- Ward, Deborah. 1993. «The kin care trap: The unpaid labor of long term care», *Socialist Review* (Oakland, California), vol. 23, núm. 2 (enero-marzo), págs. 83-106.
- Weber, Linda. 1994. *Mom, you're incredible*. Colorado Springs (Colorado), Focus on the Family.
- Weichselbaumer, Doris. 1999. *Sally and Peppermint Patty looking for a partner*. Estudio inédito. Linz (Austria), Departamento de Economía de la Universidad de Linz.
- Weitzman, Lenore. 1985. *The divorce revolution: The unexpected social and economic consequences for women and children in America*. Nueva York, The Free Press.
- Wilson, Edward O. 1978. *On human nature*. Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.